

Martes Santo



26 de marzo de 2024

Is 49,1-6

Sal 70

Jn 13,21-33.36-38

P. Eduardo Suanzes, msps

Los enemigos atacan, de mil y una formas diferentes; pero sólo los amigos traicionan, y siempre nada más que de un modo, aunque se vista con diferentes caras. La traición consiste en una mentira manifestada a un amigo. La traición, en definitiva, convierte la amistad en una obra de teatro, en una representación. La traición se produce cuando un amigo está en tu círculo íntimo pero tú no estás en el suyo, habiendo manifestado que sí. Uno cree descansar en la amistad, pero en realidad no hay donde apoyarse, solo vacío. Esa es la traición.

Jesús llamó a Judas para que estuviera con él, para ser uno de los suyos. Lo introdujo en el círculo de los cercanos, de aquellos en que Él se apoyaba. No lo eligió por ser un tipo perfecto y un derroche de virtudes. Lo eligió porque Él quiso: «lo escondió tras la sombra de su mano, lo guardó en la aljaba, junto con sus otras flechas, las más queridas». Dios pronunció su nombre, lo llamó desde el vientre de su madre; no quiso que fuera solo su siervo, le quiso hacer luz del mundo, como Él era.

Es más, Jesús se hizo su esclavo, fue Él quien se convirtió en siervo de Judas, cuando instantes antes se levantó y le lavó los pies y se los besó. Así como le dijo a Pedro que si quería tener que ver con Él debía dejarse lavar los pies, así lo hizo con Judas: Jesús quiso que Judas tuviera que ver con Él. Hasta el último momento confió. Intuía sus maquinaciones con los fariseos para traicionarle, pero cuando le besó los pies deseó que Judas cambiara el corazón.

Pero no fue así. Un amigo se da cuenta de esas cosas; alguien que ama a un amigo del alma sabe cuándo las cosas van mal. Y Jesús lo supo. Seguramente la expresión del rostro de Judas le dijo todo lo que había en su corazón y se conmovió profundamente. Antes de la traición física de entregarlo a las autoridades del pueblo, la de Judas se situó primero en el corazón de Jesús. Esa fue la dura, la que le conmovió profundamente. Esa fue la espada que le travesó el alma: traicionado por uno de los suyos; todo había sido mentira; en lugar de apoyo sólo sintió vacío y tinieblas. Juan lo dice claramente en el pasaje que hemos escuchado: «*era de noche*». Judas se había sumergido en la noche, símbolo de las tinieblas de su espíritu.

Judas, en su ir a los sumos sacerdotes, está repitiendo, pero al revés, el mismo gesto que hiciera cuando lo eligió Jesús. Va a ellos, como antes fuera a él. Los sumos sacerdotes se alegran de la decisión de Judas, y Jesús se entristece. Es el mal que nace de dentro de la misma Iglesia. Y Jesús, traicionado por uno de los suyos que está en connivencia con sus enemigos, muere abandonado por los suyos. Pero en la traición y el abandono, es Jesús

mismo quien se entrega porque quiere. Y Judas no estuvo determinado sin remedio a entregar a Jesús; si lo hizo fue porque sus obras no eran buenas, era ladrón.

Parece que era la noche de las traiciones y las fanfarronerías. Pedro, fanfarrón, se derrama en *llamaradas de petate*. Ahí estamos nosotros reflejados en él cuando le prometemos a Jesús un sinfín de entregas y acompañamientos que a la hora de la verdad no se materializan. Él, como yo, le dejará solo en Getsemaní, pues sucumbirá ante el sueño; le dio igual que Jesús le dijera que se moría de angustia: él tenía mucho sueño; le dejará sólo, negando incluso a Jesús, cuando lo llevan al Sanedrín; y le dejará sólo en la crucifixión. Ahí está otra vez ese Pedro que rechaza el camino de la pérdida como siempre lo había hecho. Él solo quería las tiendas del Tabor eso era un hecho. Ya llorará amargamente cuando sea taladrado por la mirada de ternura de Jesús después de la última negación.

Pedro había reconocido a Jesús como Señor, pero no lo aceptaba como servidor a imitar. Ya se había resistido cuando Jesús quiso lavarle los pies, pero siguió sin comprender, como tantas otras veces. Creía que seguir a Jesús era decir, como también nosotros hemos hecho, “sí, sí, Señor, a donde quiera que tú vayas”. Pero aparece la cruz o la posibilidad de ella y nos echamos para atrás. ¡Cuántas veces hemos cantado: *“estoy dispuesto a lo que quieras no importa lo que sea, ¡tú llámame a servir!”*!

Pedro, con todo lo fanfarrón que era, también era más bueno que el pan, y el haberse dado cuenta de su realidad, de su descenso particular a los infiernos, le sirvió para darse cuenta también de la misericordia extrema y sin límites de su Jesús. Cosa que el pobre Judas pasó por alto en su desesperación. ¿Se imaginan el dolor amargo de Pedro al pensar que lo último que hizo con relación a Jesús fue una traición y un abandono?...

Ese es Pedro, nuestro ejemplo ante nuestras estupideces y faltas de coherencia. Es como si él nos dijera: «mira lo que hice; yo, que era su mano derecha, aquél en quien Él se apoyaba, yo también fui capaz de traicionarle. ¿Sabes por qué? Porque, otra vez, pensaba en la ganancia rechazando la pérdida. Es que ésa era mi piedra de toque. Jesús había hablado de que se iba, de que Padre lo glorificaba, que a donde Él iba nadie lo podía seguir... ¡Gloria! Eso era lo mío...Yo no entendía nada y lo único que pensaba era en estar con Él..., a lo loco; deseaba esa gloria de la que Él hablaba. Jesús conocía muy bien mi corazón y que iba a rechazarlo en el primer asomo de la cruz. Y así fue. A la primera de cambio, caí. Que mi ejemplo te sirva para darte cuenta de que la cruz va en serio, de que está en el centro del camino de Jesús. Pero tranquilo: después que lo comprendí y abracé la cruz, ni un día pasó en que no fuera el tipo más feliz de la tierra. Si por desgracia caes como yo, no te quedes en el camino de Judas: el Señor sabe que le quieres y eso te salvará de la desesperación y el sinsentido de tu pecado. Desafortunadamente Judas se olvidó de que Él había venido por los pecadores, no por los buenos. Yo me di cuenta. Una vez él me dijo: *“Pedro piensas como los hombres, no como Dios”*, luego me di cuenta qué era eso de pensar según Dios: *“el que pierda su vida por mí la encontrará”*. Yo me di cuenta, yo la encontré».